

EL MUNDO DE LOS U'WAS

Flor Romero

Desde Hato Grande miro los cerros aterciopelados que dan a mis ojos un rocío, un reposo, remanso reparador después de las angustias bogotanas y de los palpitos por la aventura del tráfico inesperado, abigarrado y feroz, fiel radioscopia del paisaje humano colombiano.

Ayer, los ojos dieron la voz de alarma: Ya no verdeaban las montañas; ahora mostraban sus llagas amarillentas que daban hasta el suelo. Pensé que eran las heridas de algún insensato, hartado de ver el cerro reverdecer; lo laceró aprisa y le causó tres llagas mortales que lo dejarán sin vida en breve, privándonos de aquel paisaje sabanero restaurador.

«Habría que cobrarle a este malvado no sólo por ser el depredador más voraz de la Sabana de Bogotá, sino por privarnos de ese panorama equilibrante. Su rosa de los vientos se detiene en el sureste».

De nuevo, saliendo de Hato Grande, volví mis ojos al paisaje de los cerros, que tanto me enajena. Reiterativa, la rosa de los vientos del noreste me señalaba otro cerro, esta vez con una gran lacra de arriba a abajo. Le habían rebanado su piel, y mostraba las entrañas de tierra amarillenta, de donde sacan seguramente gravilla, arena y tierra para las modernas construcciones.

Cree escuchar los alaridos de la Madre Tierra; se quejaba con voces estentóreas de la violencia que le hacían los hombres y las máquinas depredadoras. Pensé entonces en quejarme ante las autoridades en nombre de los cerros sabaneros, por este vil asesinato a ojos vista. Pero ¿si estuvieran sordas y ciegas, si vivieran a oscuras?

Y recordé a los U'Was, los indígenas que no permiten la violación del piedemonte, la barbarie con la Tierra Madre que los vio nacer. Estos ancestros se identifican con los Tayronas de la Sierra Nevada de Santa Marta, quienes no encuentran página en sus libros sagrados que permita el saqueo, las heridas, la muerte de la Madre Tierra, porque, con ella, todos pereceremos.

Volví a escuchar la voz del gobernador tayrona en aquella reunión de caciques de tribus, cuando me aseguraba que su Libro Sagrado estaba aprisionado entre dos montañas. Allí estaría escrita toda la sabiduría del mundo. Y este libro no sería rescatado hasta el momento en que el hombre dejara de atentar contra la madre naturaleza.

Mientras acariciaba el poporo que llevaba colgado al cuello, sobre su vestido blanco, me platicaba: «Los hombres no han entendido que la

tierra está viva, y que siente cuando la hieren, cuando la escarban, cuando la rasguñan, cuando le clavan puñales en sus entrañas, cuando sacan el líquido de sus venas, la sangre que permite vivir».

«Los hombres de ahora creen que los líquidos que recorren la tierra están ahí sólo para provecho del hombre, sin reparar en que son la savia de ella. Todo lo que corre por las entrañas de la Madre Tierra: el oro, el cobre, la plata, el platino, el carbón, las esmeraldas, los diamantes, el petróleo, son de propiedad de la madre naturaleza, y nadie está autorizado para extraerlo. La tierra siente, y por eso se enfu-

rece, se sacude con los terremotos, vomita fuego de rabia, por boca de los volcanes, eructa gases calientes. Las cavernas solitarias que se verán una vez que la tierra haya sido desangrada traquearán un día, vendrá el desbarajuste. El hombre depredador está cavando su propia tumba».

Los U'Was, los Tayronas, tienen en su mente la filosofía más lógica sobre la Madre Tierra. ¿Por qué se empeñará el hombre depredador en llevar la contraria? Porque, quizá, como decía el poeta: «El hombre mata lo que más ama». ■

Bogotá, abril 26 de 1997